

visible esta casa y delatarla. Ya no salgo ni al cercado. Estoy seguro de que ha crecido la hierba delante de la puerta de mi casa, y de que la vegetación del bosque ha formado una barricada delante de ella.

Además, por precaución, he matado el gallo que tenía. Ha sido un verdadero sacrificio. Me gustaba aquel despertar brusco al amanecer, ese llamamiento á la vida y al trabajo que lanza el gallo irguiéndose sobre los espolones de batalla y sacudiendo sus alas.

Pero los prusianos podrían haberlo oído... Ahora ya no tengo en el corral más que tres ó cuatro gallinas silenciosas y tranquilas, y algunos conejos que no han de delatarme.



21, 22, 23 Septiembre.

... Escribo esto de noche, á la luz de una poquilla lumbre de sarmientos secos, una especie de brasero encendido en un rincón de la sala, en el suelo.

No tengo ya ni aceite ni velas. Llueve. Alrededor de la Ermita oigo correr el agua sobre dos leguas de terreno cubiertas de hojas. Sopla el viento. Tengo cerca de mí el revólver amartillado, una escopeta de caza

cargada con postas y perdigones, y espero á que esos bandidos vuelvan á venir, porque ya han estado aquí.

Tuve su primera visita hace tres días, en la tarde del 21.

El ruido de pesados pasos en el cercado me hizo abrir un poco la ventana, y ví cinco ó seis diablos de esos con gorro de cuartel, de caras rojizas, facciones ruines y feroces, como las de los asesinos de Goudeloup. Hablaban en voz baja, avanzaban tímidamente, tan cobardes como ladrones. No habría tenido más que soltar un tiro para ponerlos en dispersión; pero una vez dada la alarma, habrían vuelto á venir en mayor número. He esperado. Gracias al aspecto salvaje de la casa, á las parras, á las enredaderas que marcan todas sus líneas como si fueran las de unas ruinas, los bandidos pasaron por aquí sin detenerse.

Sin embargo, uno de ellos, el que iba detrás, se inclinó un momento hacia la cerradura. Yo de pié, detrás de la puerta, con el

revólver en la mano, oía su respiración, procurando contener la mía.

Tal vez habría visto el resplandor de la lumbre, ya encenizada y apagada.



El hecho es que aquel miserable no se iba, y empezaba á levantar la cerradura con la punta de su bayoneta. Afortunadamente, sus compañeros lo llamaron:

— ¡Hartmann... Hartmann!

Entonces se fué para reunirse con ellos, y

he podido contemplarlos en el cercado por la ventana entreabierta.

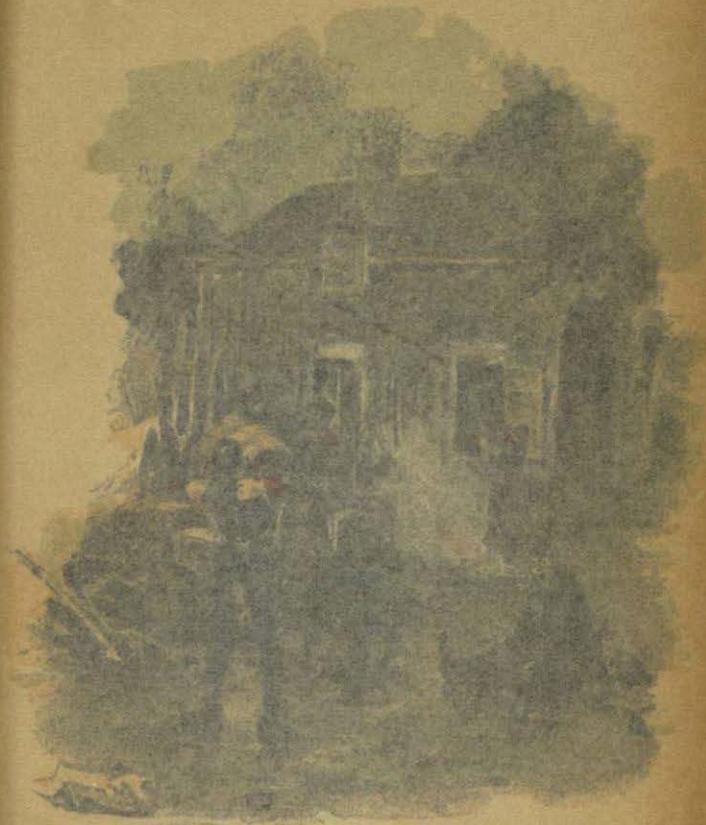
Acababan de echar abajo la puerta de la casa del guardabosque. ¡Pobre mujer de Guillard! ¡Maldito si valía la pena de haberme dado á guardar la llave!...

Pocos minutos después, aullidos de alegría me anunciaban el descubrimiento de la bodega. Para beber más á gusto y más á sus anchas, sacaron al cercado un tonel de vino, y lo subieron encima de un banco de piedra. Desfondaron el tonel, y se pusieron á beber en las gorras de cuartel, en las manos, dando gritos y empujándose unos á otros.

Las cabezas agachadas desaparecían en el tonel, saliendo á poco emporcadas con las heces del vino, y otros ocupaban sucesivamente el sitio que dejaron libre los primeros.

Aquel vinillo tinto, hecho de uvas negras, apretadas y agridulces, emborrachó bien pronto á aquellos bebedores de cerveza.

Unos cantaban y bailaban alrededor del



Se pusieron á beber en sus gorras de cuartel.

he podido contemplarlos en el cercado por la ventana entreabierta.

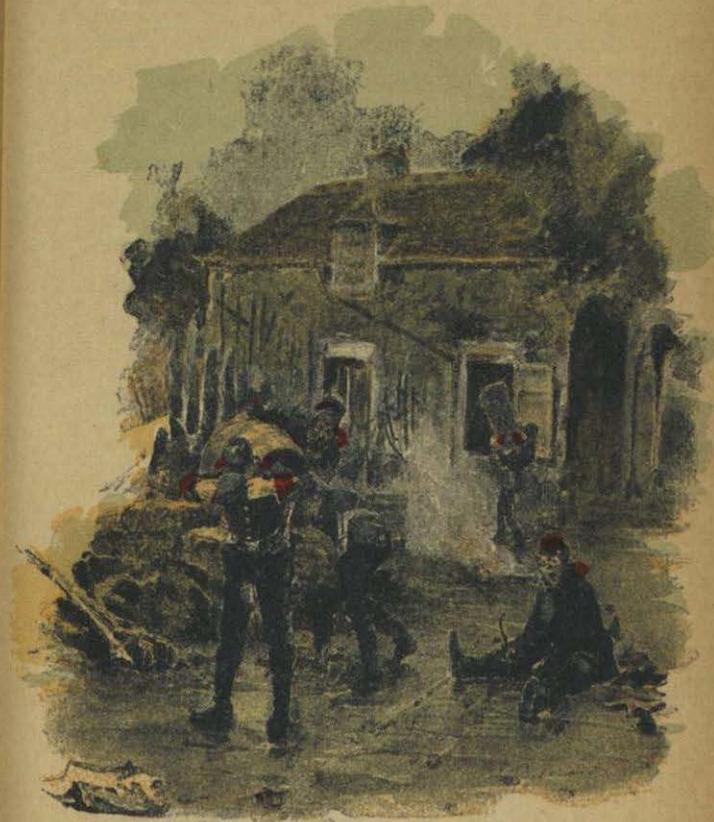
Acababan de echar abajo la puerta de la casa del guardabosque. ¡Pobre mujer de Guillard! ¡Maldito si valía la pena de haberme dado á guardar la llave!...

Pocos minutos después, aullidos de alegría me anunciaban el descubrimiento de la bodega. Para beber más á gusto y más á sus anchas, sacaron al cercado un tonel de vino, y lo subieron encima de un banco de piedra. Desfondaron el tonel, y se pusieron á beber en las gorras de cuartel, en las manos, dando gritos y empujándose unos á otros.

Las cabezas agachadas desaparecían en el tonel, saliendo á poco emporcadas con las heces del vino, y otros ocupaban sucesivamente el sitio que dejaban libre los primeros.

Aquel vinillo tinto, hecho de uvas negras, apretadas y agridulces, emborrachó bien pronto á aquellos bebedores de cerveza.

Unos cantaban y bailaban alrededor del



Se pusieron á beber en sus gorras de cuartel.

tonel. Otros habían vuelto á entrar en casa del guardabosque, y como allí no quebaba nada que excitara su codicia ni pudiera satisfacer su afán de pillaje, tiraban los muebles por la ventana, hacían una hoguera con un armario de nogal, cuyas tablas, secas y carcomidas por la vejez, ardían como si fuesen paja.

Al fin se marcharon, borrachos, mojándose con la menuda lluvia que caía.

Delante de la puerta hubo una disputa. Ví relucir las bayonetas, á un hombre rodar pesadamente por el barro y levantarse lleno de sangre, con el uniforme manchado por la tierra amarilla de las canteras.

¡Y pensar que Francia se encuentra á merced de estos brutos!...

Al día siguiente volvieron los mismos. He comprendido que no han propalado su buena fortuna inesperada, y me tranquilicé un poco. Pero aquí estoy completamente prisionero. No me atrevo á salir de la sala baja. Allí cerca, en una leñera, he metido á

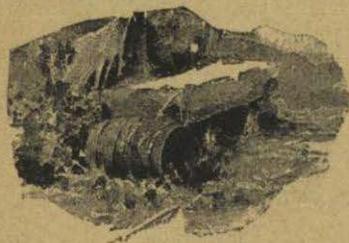
Colaquet, cuyo galopar por el corral me habría podido denunciar.

El pobre animal soporta bastante bien su cautiverio; duerme una parte del día y se sacude sorprendido de no sentir el aire libre en torno suyo...

Al anochecer, los prusianos se han marchado más borrachos que la tarde anterior.

Hoy no he visto á nadie. Sin embargo, el tonel no está vaciado del todo.

Por eso los espero.



24 Septiembre.

... Esta mañana, cañoneo furioso. Se baten delante de París. El sitio ha comenzado. Esto me ha producido una impresión de dolor, de cólera, imposible de describir. ¡Esos miserables tiran sobre París! ¡Apuntan á la inteligencia del mundo entero! ¡Oh! ¿Por qué no estoy yo allí, con los demás?...

Todas mis angustias del día anterior han desaparecido. Me he avergonzado de mi vida de topo. Yo, que desde hace ocho días no bebía más que agua de cisterna, he ido expresamente á llenar mi cántaro al pozo del claustro. No sé por qué me parecía agra-

dable correr algún peligro. Al pasar he echado una ojeada á la casa de Guillard, y



mi cólera se ha excitado más todavía al ver aquel pobre hogar destruido, con los mue-

bles rotos, quemados y los cristales hechos trizas. He pensado lo que harían en París si llegasen á entrar.

Acababa de cerrar mi puerta cuando oí ruido de pasos en el cercado. Era uno de los bribones del otro día, el mismo que anduvo tanto rato en mi cerradura. Miró si quedaba todavía vino en el tonel, y después de llenar su frasco de reglamento, se puso á beber, echado boca abajo, cuan largo era, en el banco de piedra, con la cabeza apoyada en los codos. Bebía y cantaba. Su voz joven, vibrante, llenaba los ámbitos del cercado con un estribillo en el cual se repetía constantemente el mes de Mayo:—*mein lieb, lieb Mai.*

Lo tenía frente por frente de mi ventana, á tiro de revólver. Estuve largo rato mirándole y preguntándome á mí mismo si debía matarlo.

Por la parte de París seguía sonando el cañoneo, y mi corazón se hallaba embargado por una emoción terrible...

Después de todo, tal vez matando á éste salvaría á otros de los míos, de aquellos que caían allá abajo, al pie de las trincheras.

No sé si mi mirada invisible, si todo aquel odio que iba de mí á él, acabó por turbarlo y ponerlo en cuidado. Ello es que de pronto levantó la cabeza, una cabeza de crespos cabellos, erizados, ojos de albino, bigotes rojos, entre los cuales aparecían los dientes cuando sus labios se contraían por una risa feroz. Miró un momento en derredor suyo, con desconfianza, y después de ajustarse el citurón y volver á llenar su frasco, se fué.

Cuando pasó por debajo de mi ventana, tenía yo el dedo apoyado en el gatillo del revólver. ¡Pero, no! No he podido. Matar por matar, con aquella seguridad, casi sin peligro alguno, era superior á mis fuerzas.

No es cosa tan fácil, como generalmente se cree, eso de suprimir una vida á sangre fría.

Una vez fuera de la Ermita, al verse libre



Revolcándose cuan largo era, sobre el banco de piedra...

Después de todo, tal vez matando á éste salvaría á otros de los míos, de aquellos que caían allá abajo, al pie de las trincheras.

No sé si mi mirada invisible, si todo aquel odio que iba de mí á él, acabó por turbarlo y ponerlo en cuidado. Ello es que de pronto levantó la cabeza, una cabeza de crespos cabellos, erizados, ojos de albino, bigotes rojos, entre los cuales aparecían los dientes cuando sus labios se contraían por una risa feroz. Miró un momento en derredor suyo, con desconfianza, y después de ajustarse el cinturón y volver á llenar su frasco, se fué.

Cuando pasó por debajo de mi ventana, tenía yo el dedo apoyado en el gatillo del revólver. ¡Pero, no! No he podido. Matar por matar, con aquella seguridad, casi sin peligro alguno, era superior á mis fuerzas.

No es cosa tan fácil, como generalmente se cree, eso de suprimir una vida á sangre fría.

Una vez fuera de la Ermita, al verse libre

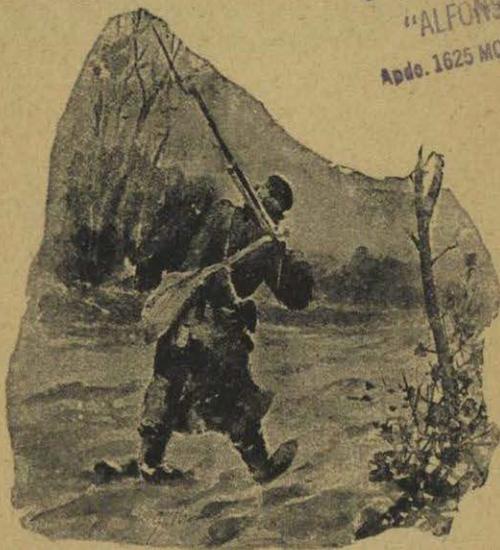


Revolcándose cuan largo era, sobre el banco de piedra...

de aquella vaga impresión de miedo, se puso otra vez á cantar á más y mejor, y lo ví alejarse lanzando á los árboles del bosque su *Mi querido, querido Mayo...*

Canta, canta, hijo mío, que bien poco te ha faltado para no volver á ver tu dichoso mes de Mayo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO





Octubre...

¿Qué día es hoy? ¿A cuántos estamos? No lo sé. Todo anda revuelto en mi cabeza. Creo, sin embargo, que estamos en Octubre. Los días, todos iguales para mí, van siendo cada vez más cortos y el viento más frío. Por la parte de París, el cañoneo incesante forma el constante lúgubre acompañamiento á mi existencia; un acompañamiento bajo, sordo y profundo, confundido sin cesar con mi pensamiento.

Es cosa de creer que los prusianos tienen

tarea para rato allá abajo, porque los merodeadores no han vuelto por aquí.

Ni siquiera oigo ya aquel incesante rodar de furgones y redoblar de tambores, que sonaba por todos los caminos que rodean el bosque. Así es, que vuelvo á encender fuego en la sala y circulo libremente por el cercado.

Cada día va siendo más difícil la vida material. Me falta todo: el pan, el vino, el aceite. Hace un mes, con el sol, la casa abierta, el bienestar del calor, las privaciones eran todavía soportables, pero ahora esto es muy duro. En el corral no me quedan más que dos gallinas, siempre escondidas debajo de una viga para resguardarse del viento de lluvia que sopla continuamente.

Hago chamarasca con las ramas de los árboles frutales que se rompen y caen faltas de la protección de las hojas. Los manzanos están cubiertos de musgo dorado; los ciruelos, de las largas líneas claras de goma bajo su corteza resinosa, y eso me da unas gran-

des y alegres fogatas, que conservan un poco de sol en su calor.

He cogido también mis últimas manzanas, sonrosadas por los estremecimientos de las heladas, y he conseguido hacer un mal vinillo, de ese que llaman sidra, el cual bebo á falta de otro. Lo del pan es más difícil. Con la harina del desventurado Goudeloup he procurado amasar levadura en el fondo de un cajón que he querido que me sirva de artesa; después de lo cual, bajo la ceniza, entre ladrillos calientes, he fabricado, bien que mal, unas galletas muy ordinarias, que están quemadas por fuera, y por dentro casi crudas. Me recuerdan aquellos bollitos de masa que cuando niño cogía yo con las tenazas de la chimenea para hacer panecillos que parecían pastillas.

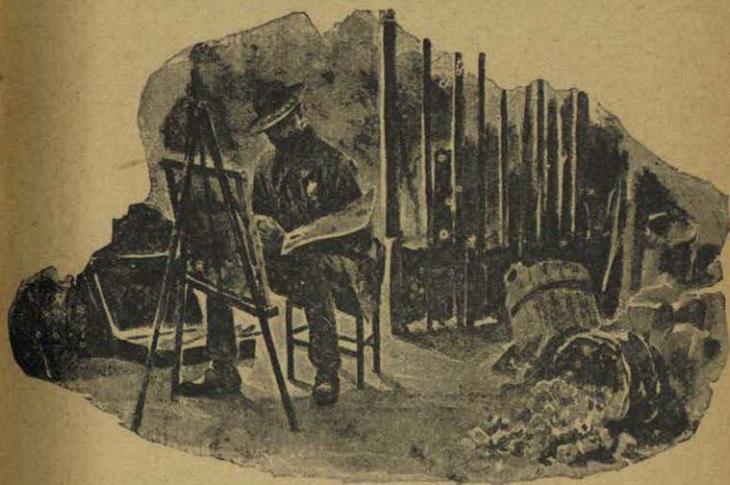
De cuando en cuando tengo alguna fortuna inesperada. Así, por ejemplo, el otro día, buscando en la casa del guardabosque, encontré en la tabla de un vasar, enmohecidas por la humedad, unas cuantas botellas

de aguardiente de guindas, salvadas del saqueo; otra vez un saco grande, que abrí con



grandísima emoción, creyendo que contenía patatas. Me he conmovido al abrirlo y en-

contrarme con picos de urracas, cabezas de víboras secas y grises como el polvo, colas de ardillas de magnífica piel rojiza, rabos de lagarto delgados como hebras de seda. Son



los pequeños gajes de los guardabosques, á los cuales se les da un tanto por cabeza ó por cola de animales dañinos. Por eso guardan religiosamente en sus casas esos trofeos de caza, que la Administración les compra todos los meses.

— Siempre da para tabaco, como decía el bueno del tío Guillard.

Yo creo que en este momento daba de buen grado todo este osario por algunos paquetes del estanco. No tengo ya tabaco más que para algunos días y confieso que, en verdad, esta es la única dieta que me asusta.

El bosque es para mí una despensa inagotable.

Cuando mi corral esté vacío podré coger con lazo alguno de esos hermosos faisanes que vienen á los alrededores de la Ermita á picar granos de trigo escondidos entre la tierra húmeda; pero el tabaco, el tabaco...

Leo un poco; hasta he probado á pintar.

Fué la otra mañana, que lucía el sol rojizo en el aire opaco de bruma. Había debajo del cobertizo un montón de manzanas que me tentaban con sus bonitos colares, matizados del verde pálido de las hojas nuevas y los tonos ardientes de las hojas muertas. Pero no pude trabajar mucho rato.

Al cabo de un momento, el cielo se había obscurecido. Llovía á torrentes. Y grandes bandadas de patos silvestres, trabajosamente volando, con el cuello estirado, pasaban por encima de la casa anunciando un invierno crudo y la proximidad de la nieve, con la pelusa blanca caída de sus alas...

